

mientras por la puerta del fondo aparece un juez que viene á encarcelar á la que por grados ha ido bajando hasta el pudridero de la sociedad. La cuarta composicion de la série representa una casa de correccion, donde los calaboceros y guardianes roban y maltratan á la infeliz pecadora, que en el quinto cuadro yace moribunda en una miserable boardilla, por cuyo suelo se ven desparramadas las medicinas, inútiles para devolverla la salud perdida, y los recuerdos de su vergonzosa vida; la única camisa de la enferma está tendida á secar en una cuerda, mientras tumbada ella en un sillón, ennegrecido y roto, con los ojos hundidos y la faz marchita, recuerda al morir la aldea en que naciera y que abandonó en hora maldita.

Aquí parece que debia terminar la obra del artista; pero éste quiso terminarla allí donde la sociedad concluye la suya. En el último cuadro un ataúd abierto encierra los restos de la heroína del poema de la juventud y la desgracia; otra prostituta, que empieza su carrera, examina el cadáver como leyendo en él escrito su propio porvenir, y mientras, en torno de la muerta, sus antiguas compañeras rien borrachas, y una roba el pañuelo al sepulturero que la galantea, y los vasos circulan, y la fiebre del vino enciende las miradas, el niño huérfano, á los piés de su madre, vestido de luto y con la aterradora candidez de la infancia, arrolla tranquilamente la cuerda de su peon.

Quizá los apasionados partidarios de un idealismo exagerado piensen que semejantes concepciones son atentatorias á la nobleza y dignidad del arte; tal vez inspire horror que la línea revista de carácter cómico aquellas escenas; si así fuese, culpen á la sociedad que dió al artista motivos tales de inspiracion, no á quien los arroja á la cara de sus contemporáneos. Es cierto que Hogart llegó en algunos momentos á ser demasiado severo con ellos; pero mayor que la severidad de éste era la corrupcion de aquellos: la diseccion anatómica del cuerpo de un asesino ajusticiado, cuyas entrañas caen al suelo, siendo el corazón pasto de la voracidad de un perro; la embriaguez de una mujer que deja caer de sus brazos un niño de pecho cuya cabeza se estrella contra las piedras, corriendo su sangre á mezclarse con el vómito vinoso de la madre, son, sin duda alguna, escenas horribles pero por las que no debe culparse al artista, sino á la época que le proporcionó tales modelos; además,

cuando la gangrena corroia las entrañas del cuerpo social y la política y las letras aplicaban el cauterio revolucionario, ¿no podia el pintor hacer lo mismo? El arte, que unos quieren hacer docente y otros moralizador, no puede tener exclusivo carácter; se inspira en la realidad, fuera de la cual nada hay bello, y si el medio social que origina sus obras es glorioso, él espontáneamente reflejará su gloria, como en los tiempos de los Médicis; si pobre y decadente, él nos lo dirá como nos lo dicen las obras de la decadencia española ó de los lupanares de Luis XV.

*La vida del libertino*, série de ocho composiciones, publicada en 1735, es, en el sentir de muchos, superior á *La vida de la cortesana*. El tipo del hijo de familia que derrocha en orgías la fortuna heredada de un padre avaro, y va gradualmente de la opulencia á la holgura, á la estrechez, la pobreza, las deudas, la miseria, la desesperacion, el crimen, la locura y la muerte, está magistralmente pintado: treinta años despues de su publicacion tuvo Hogart que hacer una segunda edicion de sus grabados.

*El matrimonio segun la moda*, es generalmente considerado como su obra maestra; comprende seis cuadros y fué publicada en 1645; Hogart hizo grabar las planchas en París, reservándose la ejecucion de las cabezas. Un conde arruinado decide levantar su fortuna y el brillo de su nombre, casando á su hijo con la hija de un rico mercader, que consiente en la boda, y que á cambio de la corona que compra para su hija paga al noble sus deudas y le saca de apuros: el enlace efectuado de tal suerte produce sus naturales resultados. El último vástago de una casa ilustre, pobre de espíritu y escrofuloso de cuerpo, corre de garito en garito y de lupanar en lupanar derrochando la fortuna que el padre de su esposa y la ley han puesto á merced suya; ella admite galanteos, olvida los cuidados de madre por la lectura de obras obscenas, y mientras su marido juega y se emborracha, da cita al amante, siendo sorprendida en sus brazos por el esposo, que muere á manos del seductor.

La justicia encarcela, juzga, condena y ejecuta al matador, y la viuda toma un veneno; en vano el pobre niño, fruto raquíutico y podrido de aquel infame contubernio de dos vanidades igualmente aborrecibles, estiende sus manecitas á la espirante madre; nadie le hace caso; cada uno de los presentes va derecho á su objeto, y el



padre de la moribunda da el ejemplo arrancándola de los dedos las sortijas.

El drama no puede ser más sencillo ni terrible; con los detalles completó Hogart su pensamiento, y acabó de expresar el horror que inspiran bodas que pueden tener tales consecuencias. En el cuadro en que se verifica el contrato, la habitación del viejo conde ostenta por todas partes, en sillas muebles y papeles, sus timbres nobiliarios, y el árbol genealógico que le hace descender de Guillermo el conquistador; al fondo se vé la construcción de un palacio, detenida por falta de fondos, el novio, lleno de cicatrices y emplastos, está distraído, mientras un elegante corteja á su futura, los cuadros que adornan la estancia son de asuntos que inspiran horror; se ven en ellos las figuras de Holofernes, Cain, Prometeo y Herodes; la casa de los desgraciados esposos está alhajada con todo el mal gusto propio de la más estúpida riqueza; el decorado de la habitación y de los adornos de los muebles haría buena la ornamentación de Churiguera; sobre un reloj, un gato de porcelana indica las horas con su artificio maullido, y cuando en el desenlace de la acción vuelve en la casa del mercader á imperar la más desenfrenada avaricia, el pobre hijo de padres criminales lleva las piernas torcidas, encerradas en aparatos que se las enderecen y el cuello lleno de cicatrices indelebiles.

«La cofradía de durmientes,» representa una iglesia en que un predicador se esfuerza en convencer á sus oyentes, que duermen profundamente, excepto un clérigo que se goza en mirar lúbricamente el pecho de una muchacha, á quien, como á los demás feligreses, tiene aburrida la palabra sagrada.

«En la holganza y el trabajo,» dos obreros que empiezan su vida al mismo tiempo, pero que siguen distinto camino, la terminaron desastrosamente el holgazán y borracho, y siendo alcalde de Londres el laborioso y económico.

«Los cómicos errantes» se preparan á representar una obra clásica, á juzgar por los trajes que visten; mientras Apolo y Cupido se esfuerzan por descolgar sus ropas de unas nubes de cartón, Juno se remienda las medias, la Aurora mata pulgas con aquellos mismos «dedos sonrosados que descorren las cortinas del día,» la Tragedia corta á un gato la cola para sacar á las tablas ensangrentado su puñal, y Ganímedes, el copero de los dioses, bebe aguardiente hasta no poder más.

«La marcha de los guardias á Finchley» y las «Elecciones,» son dos de las pocas caricaturas políticas que se conocen de Hogart. Cuando la última insurrección de Carlos Eduardo (1750), los guardias reales salieron á combatirle camino de Finchley, pero con tan poco entusiasmo por la causa que iban á defender, que hubieron menester de copiosas libaciones para excitar su ardor guerrero, saliendo de Londres en el más completo desorden: tal fué el asunto de la primera de ambas composiciones citadas; su autor la dedicó á Jorge II, que se dió por ofendido viendo á sus servidores puestos en ridículo, y entonces Hogart hizo una segunda dedicatoria al rey de Prusia, recibiendo en pago de su magnífico grabado un obsequio verdaderamente régio.

Cuatro son los cuadros que componen la serie de *Las elecciones*, en que se refleja la corrupción electoral de aquella época, y en que se trasluce la poca simpatía que hacía el partido demócrata sentía el gran caricaturista.

«Credulidad, superstición y fanatismo,» es un dibujo que atrajo sobre Hogart la ira del clero, que no le perdonó nunca su atrevimiento; un predicador amenaza desde el púlpito con las penas eternas á su auditorio, que le escucha entre aterrizado é incrédulo, mientras en un ángulo del templo un turco fuma tranquilamente en su pipa, pensando en el paraíso que Mahoma ofrece á los suyos, y diciéndose que tanto vale una religión como otra.

Es verdaderamente prodigioso el número de obras que Hogart ha dejado á la posteridad; dibujos por diversos procedimientos, pintura al óleo, grabados en talla dulce y en cobre, todos los modos de fijar la idea en el papel ó el lienzo por medio de la figura; otros tantos empleó el gran artista, en quien fueron iguales el mérito y la fecundidad. Además de sus obras principales, ya citadas, merecen también especial mención «La piscina de Bethesda,» «El buen samaritano,» «La feria de Southwark,» «La tertulia á media noche,» «La ira del músico,» «Las desgracias del poeta,» «La batalla de cuadros,» «Las cuatro partes del día,» «El roast-beef de la vieja Inglaterra,» «Los cuatro grados de crueldad,» «La Francia y la Inglaterra,» y «Moisés salvado de las aguas,» la mejor de sus obras serias.

No fueron la corrección en el dibujo ni la magia en el colorido las cualidades más sobresalientes de Hogart; aquél es con frecuen-



cia indeciso, y el segundo sombrío y falto de vigor: la fidelidad de la expresión, la verdad de los tipos, el alcance de las ideas, el atrevimiento en los rasgos, el sentido moral, la gracia y la espontaneidad son sus méritos de más valía.

En vano trataron de oscurecerle cuantos ridiculizaron su teoría estética, burlándose de las ideas del pintor y aun de su misma persona; en vano, desvirtuando el arma que esgrimen, le calumniaron; la voz pública, casi siempre imparcial, le hizo justicia, y Hogart vivió considerado hasta su muerte. Ninguno de los caricaturistas que le siguieron logró igualarle, y cuantos le atacaron, injustamente contribuyeron á demostrar que lo cómico dibujado, susceptible del bien, es impotente para el mal: siempre, además, puede oponérsele el remedio que Mirabeau empleaba contra él cuando lo creía ofensivo, contestar, *no lo acepto*. Muchos y muy rudos fueron los enemigos del gran pintor; pero la opinión, juez supremo de los pueblos, le colmó de gloria, y el único tribunal de que no hay apelación en el mundo, la historia, confirmó su fallo.

Hermano de la gracia española y del *esprit humour* inglés engendradora de las burlas y pensamientos cómicos de que se nutre la caricatura. Pero el carácter serio y formal de los ingleses presta á sus concepciones cómicas dos cualidades muy dignas de tenerse en cuenta; suelen, por regla general, ser de mayor alcance en cuanto á la idea que entrañan y más violentas en la forma; sus ataques son más duros, no detienen á la sátira inglesa ninguna clase de consideraciones, ningún género de obstáculos, acomete al error allí donde cree verle y sin contar sus medios de defensa. En Francia y en España la sátira que se enseñára contra un ideal noble ó una personalidad respetable, no encontraría aceptación en el público; entre nosotros las caricaturas contra Mendizábal fueron miradas con general indiferencia; en Francia han sido acogidas con frialdad cuantas se han hecho contra las sociedades cooperativas para alivio de la clase obrera.

La diferencia que existe entre la sátira francesa é inglesa, puede apreciarse por las líneas siguientes del admirable Lytton Bulwer. «Es un hecho digno de observación que, siendo, como somos, un pueblo grave y reflexivo, el ridículo sea entre nosotros más poderoso y dé resultados más peligrosos que entre nuestros vecinos los franceses, de cuyo más ligeros. En ninguna época ha sido entre

ellos de buen tono burlarse de una conducta dirigida por motivos nobles y elevados; conciben lo grande á primera vista; llevan el respeto á la conciencia hasta la exageración, y no admiran lo natural sino cuando se presenta revestido de efecto teatral. Las galantes *semi-virtudes* de París fueron ardientes partidarias del culto que Rousseau rendía á la virtud, y en tiempo más lejano, Dangeau mismo veneró á Fenelon. ¡Cuán ridículo parecería hoy en Inglaterra el noble entusiasmo de un Chateaubriand! Su pasión, su espíritu caballeresco, su quijotismo, si quereis, le expondrían á la burla de la nación entera; en Francia debe su poder á estas mismas cualidades. En París, el ridículo ataca á las maneras; en Londres, á las emociones; más que por cualquier entusiasmo del espíritu, se le excita, entre nosotros, por un tono grosero, un aspecto desmairado ó un traje ridículo. Bentham fué blanco del sarcasmo, porque era filántropo, y Byron perdió su crédito entre nuestras hermosas, cuando se decidió á partir á Grecia. Las grandes almas no son jamás objeto de mofa para personas de un sentimiento moral delicado. Francisco I prohibió á sus cortesanos hacer burla de Ariosto, y Luis XIV declaró á un general incapaz de ocupar un alto puesto porque cometió la ruindad de reirse de Racine.

El ridículo es siempre más peligroso en un pueblo serio que en un pueblo frívolo. Las personas graves se sonrojan más fácilmente de sus emociones, y ocultan por esto sentimientos que almas más frívolas no temen ostentar.

No hay día que no reconozcamos la verdad de este hecho en la vida ordinaria. Un autor satírico hizo renunciar á los españoles á la caballería andante, burlándose de ella; nunca se ha conseguido, por el ridículo, que los franceses renuncien á algo, á no ser una peluca ó un sombrero» (1).

No se distinguen solamente los caricaturistas ingleses por la violencia en los ataques y el alcance en las ideas, sino que, además, tienen la mayor parte de ellos rasgos comunes, que imprimen á la obra de cada uno, sin menoscabo de su originalidad, un carácter que pudiera llamarse de escuela, si bien ésta no existe realmente.

La caricatura inglesa, dijimos al principio de este estudio, es

(1) Edward Lytton Bulwer.—*La Inglaterra y los ingleses*,



esencialmente política; en Inglaterra data de muy antiguo la ingerencia del pueblo en los negocios públicos y, si bien los verdaderos gérmenes de la libertad existían en otros pueblos, España, por ejemplo, ántes que en las tierras del que hoy es Reino Unido, no se puede negar que allí las grandes masas de ciudadanos han influido poderosamente con su voto en la gestión de la república, cuando Francia no era todavía el pueblo esencialmente revolucionario, cuando aún en Castilla ardían las hogueras del Santo Oficio. Mientras la gran nación de 1789 era esclava de la esplendorosa tiranía de Luis XIV y el denigrante absolutismo de Luis XV; mientras los españoles luchaban por entronizar una dinastía que había de ser engendradora de males sin cuento ni medida, y sus luchas políticas eran miserables intrigas de cortesanos favorecidos ó envidiosos, Inglaterra había sufrido ya su crisis revolucionaria, que, si como todas las de su índole, fué causa de daños, produjo entre otros muchos el beneficio inmenso de acostumar al pueblo á ocuparse directamente de su gobernación; desde entónces aquella nación, dotada de un sentido práctico, superior á todo encarecimiento, no ha dejado nunca de fijar su atención en los medios porque era gobernada, y todas las clases sociales han trabajado de consuno en pró de la patria; los lores, encaneciendo en el servicio del Estado, y educando á sus hijos de manera que pudieran soportar la pesada carga que les imponía la tradición gloriosa de una familia ilustre y el patriotismo natural del ciudadano, y el estado llano pugnando siempre por elevarse é instruirse, y tomando parte directa en cuanto se relacionaba con el gobierno del país. De aquí que, empeñada toda la actividad del cuerpo social en un mismo objeto, fuera éste también el motivo de inspiración para los artistas, quienes, nunca se repetirá bastante, son los que mejor reflejan el estado del medio en que producen sus obras. Por esta razón la caricatura inglesa es ante todo y sobre todo política: las costumbres fueron también ocasión de trabajos de igual índole, pero siempre de menor importancia para la historia y aún de inferior mérito artístico.

Veamos ahora quiénes fueron los caricaturistas principales posteriores á Hogart, reseñando sus obras más notables.

Sandby (1725-1811), grabador insigne, hoy más considerado por sus planos topográficos que por sus cuadros al óleo, hizo gran

número de caricaturas, algunas contra Hogart, y publicó colecciones de grabados, á cuyo mérito debió ser nombrado académico: cítanse, entre los principales, las vistas de Italia, de Windsor y del Asia Menor, las fiestas del Carnaval en Roma y los voceadores de Londres; fué el creador y propagador de la acuarela, procedimiento, ya que no género pictórico, hoy tan en boga quizá por ser de todos el ménos artístico.

Collet (1725-1780), discípulo de Hogart, artista laborioso y fecundo, más dado á la ridiculización de las costumbres que de las luchas políticas, y cuya obra principal es una serie de dibujos inspirados en algunas escenas de *La Dueña*, comedia con que Ricardo Shéridan empezó á labrar su reputación.

Bumbury (1750-1811), artista cuyos primeros años y cuyas primeras obras se desconocen casi por completo, y de quien sólo sabemos que estudió en el colegio de Wensminster y que publicó sus trabajos con diferentes pseudónimos. Su ingenio, esencialmente burlesco y muy elogiado por Reynolds tan parco de alabanzas, produjo como frutos de más valía las *Instrucciones para los malos jinetes*, publicadas en 1772 á 1781, en que se observa una grosería inconcebible, y las *Aventuras de Gambado*: hizo también algunos dibujos contra el ilustre Hogart, y grabó con poca facilidad y ménos energía.

Woodward, de quien se ignora la época fija del nacimiento y el óbito, fué también muy fecundo y cultivó el género de Bumbury: sus principales obras son, las *Muestras de la locura doméstica*, *Todo el mundo en el campo* y *Todo el mundo en la ciudad*.

Jaime Guillray, en sentir de Wright el más ilustre de los caricaturistas ingleses y aun de todos los modernos, nació en Chelsea en 1720. Fué en sus primeros años orfebre; se hizo cuando joven cómico errante; grabó más tarde en cobre siendo discípulo de Raynal, y sólo en 1779 se dió á conocer como caricaturista. Dotado de un maravilloso instinto cómico que le hacía ver el ridículo allí donde existía, y de extraordinarias facultades como dibujante, lo fijaba dando á las escenas que trazaba un carácter tan definido, é imprimía en ellas tal sello de originalidad, que ninguno de sus contemporáneos pudo sostener con él competencia. A diferencia de Hogart, quien, como hemos visto, fué el caricaturista de las costumbres, Guillray fué el caricaturista político de más poderosa



inventiva que produjo la Gran Bretaña en una época en que el gusto por este género de trabajos se desarrolló hasta un punto verdaderamente asombroso: fecundo en concebir y hábil en ejecutar, sus producciones son numerosas é inspiradas por los acontecimientos y los accidentes del día; de suerte que hacer especial mención de todas ellas, valdria tanto como seguir paso á paso la historia de la política interior y exterior de Inglaterra durante un dilatado número de años, lo cual forzosamente nos llevaria á consideraciones que deben ser ajenas á nuestro estudio. Sin hacer por tanto mas que apuntar ligeramente la causa, el acontecimiento ó la persona que las motivó, citemos algunas de las principales caricaturas hechas por Jaime Guillray que, como todos los artistas de su época, se puso, ya que no al de un partido, al servicio de un hombre público á quien, á decir verdad, no siempre permanecieron fieles. Pitt fué el protector de Guillray, y éste su defensor constante, si bien, á diferencia de otros dibujantes, no abdicó nunca su independencia ni se hizo ciego instrumento de las miras del gran ministro, á quien con frecuencia atacó duramente.

Cuando por su excesivo celo en pró de la Compañía de las Indias fué Warren Hastings acusado de ladron, un episodio de aquel largo y ruidoso proceso fué motivo de gran número de estampas satíricas: un príncipe de Oriente regaló á Jorge III un grueso brillante, que el monarca recibió con gran pompa é inusitado boato de manos de Warren Hastings el mismo día que por vez segunda era éste acusado ante el Parlamento; pocos días despues, la multitud se solazaba admirando en las librerías y en los almacenes de los muchos editores de estampas que á la sazón habia en Lóndres, caricaturas en que el Rey y el acusado asistian juntos á un banquete, cuyos manjares eran piedras y metales preciosos, que aludian claramente á las riquezas que ilegítimamente habia adquirido Warren Hasting y de que, segun muchos, habia participado Jorge III, que al ménos, dió con los esfuerzos que hizo en pró del acusado, pábullo á la murmuracion de las oposiciones y del vulgo, siempre inclinado á dudar de lo bueno y admitir lo malo sin exámen. Guillray defendió con ardor al procesado, que en uno de sus dibujos enseña al tribunal vacíos los bolsillos, mientras los agentes de la autoridad le quitan los zapatos por si en ellos oculta algo que pueda servir de prueba en contra suya. En otra estampa, inspirada en

la misma idea, el procesado, á quien azotan para que confiese su delito, sólo hecha polvo por la boca.

La pasajera y breve locura de Jorge III ocasionó un conflicto que hubiera tenido graves consecuencias á no haberse restablecido el Rey tan pronto: incapacitado el monarca, la regencia del reino pertenecia de derecho al príncipe de Galles pero enemistado Pitt con el heredero del trono y viendo cierta é inmediata su caída si empuñaba éste las riendas del Gobierno, hizo cuanto pudo para evitar el cumplimiento del precepto legal: repuesto el Rey de su enfermedad, quedó resuelta la cuestion y Pitt continuó en el poder siendo entonces blanco de caricaturas sin cuento, entre las que sobresalió una de Guillray que le representaba en forma de buitre con cabeza humana, repleto el vientre de monedas, sujetando fuertemente en las garras el cetro y la corona, y arrancando á picotazos al heredero del reino las plumas del sombrero.

En tiempo de la revolucion francesa, Guillray como todos los caricaturistas ingleses, fué hostil al movimiento popular que conmovió el continente y por un momento amenazó tambien las caducas instituciones de Inglaterra: en uno de sus dibujos pone en boca de un orador plebeyo estas palabras: "soy un ciudadano independiente de la vieja Inglaterra; aborrezco los zuecos, los franceses y las ranas; ¡la independencia de la pátria! por todo lo demás no doy un polvo de rapé;" en otra estampa titulada *Las esperanzas del partido*, y dirigida contra los que simpatizaban con las ideas de 1789, aparecen la Reina y Pitt ahorcados de faroles, y el Rey puesto ya el cuello sobre el tajo, mientras Fox, el caudillo de los liberales, vestido de verdugo afila el hacha con que ha de decapitar al soberano.

Resuelto Pitt á combatir abiertamente á la Revolucion, apenas habia el duque de York partido en socorro de los aliados contra la República cuando Guillray salió en seguimiento de las tropas y fué testigo presencial del buen trato que los soldados recibian y de los despilfarros y prodigalidades á que la expedicion dió lugar.

Entónces publicó *Las fatigas de la guerra*, série de composiciones en que con mucha gracia hacia burla de las supuestas penalidades que, al decir de los partidarios de la guerra, sufrían los expedicionarios.

En 1795 la opinion pública se sublevó contra la lucha, y al